

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 12 (NUEVA SERIE)

ENERO 2017

TEMA: 5 WAGNERIANISMO

TÍTULO: **HOMENAJE A JORDI MOTA (28/8/1946 – 19/12/2016)**

AUTOR: *Diversos autores*

Textos en reconocimiento a su labor wagneriana.

(Esperamos dedicar un número especial a la obra wagneriana de Jordi Mota)

EL BIBLIOTECARIO PERFECTO

Por Maria-Mercè Guix Gros

Siendo como soy una persona antigua, de las que creen que la naturaleza humana es como es, y por tanto la sociedad debe tenerlo en cuenta y aceptarlo, no parecía que fuera posible, no ya una relación sincera, sino de amistad profunda con Jordi Mota, para quien se debía cambiar la sociedad e incluso la naturaleza para conseguir un ideal de bondad.

Pero sólo si uno es superficial, inseguro o acomodaticio, se anteponen las ideas a las personas. Y todos saben que Jordi era alguien muy seguro de lo que pensaba, ya que sus convicciones no eran ecos o retazos aprehendidos aquí o allá para encandilar o para prosperar, sino que eran opiniones y pensamientos propios concebidos lejos de cualquier interés. Esa autonomía e independencia de criterio le permitía ver debajo de las apariencias en el discurso de su interlocutor y centrarse en los puntos de encuentro.

Otra de las cualidades que me maravilla de Jordi y María es su dedicación plena a investigar sobre Wagner y su obra. La especialización es algo que siempre he admirado con mucha distancia y respeto. Necesito leer varios libros a la vez de temas y estilos diferentes, practico varias aficiones y pierdo el tiempo de manera espectacular. De hecho, no me dediqué a la investigación porque me di cuenta, a tiempo, que necesitaba dispersarme en varias cosas simultáneamente.

Dedicación, perseverancia, entusiasmo, tenacidad, persistencia, son sinónimos que califican el trabajo en la Wagneriana de Jordi y María. Y a mí me producen venera-

ción, por mi manifiesta incapacidad de dejar de lado una novela o un paseo para ocuparme de algo, que no siempre es placentero.

Los wagnerianos les estaremos, por eso, siempre agradecidos. ¡Era tan fácil! cualquier duda, llamabas por teléfono y rara era la ocasión en que no supieran localizar la respuesta. Jordi habría sido el archivero perfecto de la biblioteca wagneriana ideal.

Y no solo había erudición, sino que había generosidad, ya que se compartía con cualquier persona, fuera amigo, socio o alguien que preguntaba alguna cuestión puntual, y que una vez resuelta, a veces, nunca más aparecía. Las puertas del domicilio de Jordi y María han estado siempre abiertas a todos.

Las veladas en su casa han sido para mí, siempre, momentos muy agradables en los que salía algo menos ignorante de cómo había entrado. Amén de con más amigos y conocidos. De ellos, de Jordi y María irradiaba la capacidad de unir a gente y generar vínculos afectivos.

Y si Wagner ha sido la causa de que nos conociéramos y el motivo de muchos de nuestros encuentros, no solo compartíamos wagnerianismo.

Están esos pequeños detalles, mínimos, casi nimios, pero son los que hacen agradable el trato. Le gustaban los animales y cuando venía a casa primero saludaba a mis pájaros y peces. Apreciaba las plantas, quizás con cierta distancia.

Y los quesos. Sí. Hemos compartido mesa en muchas ocasiones y siempre acabábamos con un buen surtido de quesos. De ellos, de María y Jordi, aprendí a apreciar el Brie de Meaux y ellos descubrieron en casa el Tomme de la Savoie.

Jordi murió pocos días antes de Navidad, unas fechas que les gustaban especialmente. Desde hace algunos años visitaban el belén que instalamos en casa y esa visita se había convertido en un encuentro de varios amigos wagnerianos alrededor del Nacimiento. Este año ya había fallecido cuando nos reunimos, pero estuvo presente, como lo estará siempre en nuestro recuerdo y en el trabajo que hagamos en la Associació Wagneriana.

Y algún día, María, tu también recordarás con amor y sin dolor. Mientras no llega ese día, permíteme que te acompañe en el sentimiento.

MI WAGNERIANISMO GRACIAS A

JORDI MOTA

Por Ramón Bau

En casa de mis padres no había discos clásicos, en realidad no había discos de ningún tipo.

Mi pasión por la música clásica fue, pues, algo personal, primero basada en escuchar cada noche por radio conciertos. Cuando tenía unos 13 años logré que me compraran un pequeño tocadiscos (no tuve uno de mayor fidelidad hasta los 17 años).

Mi primer disco fue del director Ataulfo Argenta, con trozos de zarzuela, y el segundo oberturas de Wagner.

Cuando conocí a Mota a los 16 años enseguida me fomentó comprar más discos de Wagner, y participar en audiciones que hacíamos sobre sus obras.

Sin embargo fui un retrasado en entrar a fondo en la obra de Wagner, seguramente nunca habría entrado sin la constancia de Jordi Mota en tratar de formarme correctamente.

Mi posición en toda mi década de los 20 años era la de gustarme la 'música' wagneriana, nada más. Disfrutaba con las que podríamos mal-considerar 'arias', los trozos orquestales y coros.

Sobre los Dramas Musicales wagnerianos leía sin duda el 'argumento', pero sin entrar a fondo en el 'texto dramático del libreto'. Este es un error muy común, que lamentablemente mantuve bastante tiempo. Incluso al leer los libretos (entonces se podían encontrar con cierta facilidad los de la Associació Wagneriana debidos a Pena y Zanné), no hacía más que conocer más a fondo el 'argumento', sin darme cuenta del drama en su profundidad y menos de su relación con los motivos musicales, y entender la música como un lenguaje dramático.

Tampoco entré durante años en el estudio a fondo de la vida de Wagner, fuera de las pequeñas y vulgares biografías, que después he comprobado que están llenas de errores y muchas veces de mala intención.

Solo más tarde, y gracias exclusivamente a Jordi Mota, a su insistencia y su labor de difusión, a su generosidad en prestar libros y comentar los temas, comprendí que la obra de Wagner es mucho más amplia que la mera audición o asistir a la representa-

ción en el Liceo de sus obras. Incluso entonces, cuando las representaciones eran magníficas, sin una comprensión profunda de la obra wagneriana me quedaba siempre en la superficie, en la belleza formal, en el 'argumento' dramático o en la sensibilidad del canto.

Fue en la década de los 30 años cuando se inició un cambio que iba a ser radical en mi concepción del wagnerianismo.

Salieron las primeras revistas Wagneriana números 1, 2 y 3, bajo la dirección de Jordi Mota, y editadas por mis Ediciones Bau en 1977, 1978 y 1982.

Ya en 1980 había salido en Monsalvat "El Drama Wagneriano" de Chamberlain.

Así mismo Mota empezó a editar los 'Fulls Wagnerians', sobre 1980 a 1983, y el 1983 sale un libro que me fue esencial: "Escritos Wagnerianos" por Jordi Mota y María Infiesta.

En 1985 se editan por Mota 'El Perfecto wagneriano' de B. Shaw y 'Richard Wagner' de Joaquim Marsillach.

Por otro lado gracias a Jordi Mota pude acceder a las obras completas de Wagner en francés, los diarios de Cósima y otras obras esenciales, sobre todo la de Henri de Lichtenberger "Richard Wagner, poète et penseur" que fue como un mazazo en mi visión wagneriana.

Disponer de una biblioteca enorme y de tanta calidad como la que tenían Mota y María Infiesta fue el detonante para comprender profundamente el wagnerianismo. Un ejemplo fue lograr el texto de Anna D'Ax en catalán, que no fue traducido al castellano hasta 2008 por la Associació Wagneriana, y que es fundamental.

En 1991 se inicia la reanudación de la revista 'Wagneriana' con el nº 4, ahora ya editado por la Associació Wagneriana. Y en 1994 se inicia la edición de la 'Wagneriana' en catalán por Eva Muns dentro de la Associació.

En 1995 el libro que une Arte y Wagner, "Das werk Richard Wagners im spiegel der Kunst" por Jordi Mota y María Infiesta, editado en Alemania por Grabert, que es esencial totalmente para comprender la influencia de Wagner en el arte, y entender que la obra global de Wagner no es 'música' sino una revolución artística pensada para elevar a la persona.

Los viajes que Mota preparaba y sus contacto con otras Asociaciones, me permitieron ir a Toulouse a conocer a otro de los grandes pensadores que más me ha influi-

do: Edouard Sans con su “Richard Wagner et Schopenhauer” que me lanzó a estudiar a fondo la obra de ese filósofo, esencial para Wagner.

Todo esto hizo que empezara un estudio profundo y serio de la obra wagneriana, de su revolución estética, ética, musical, del pensamiento y concepción del Arte.

Solo tras ello, y con la ayuda imprescindible de Jordi Mota, pude atreverme a escribir mis libros sobre wagnerianismo editados por la Associació Wagneriana:

“El Wagnerianismo como concepción del mundo”.

“El Wagnerianismo como concepción del Arte”.

“Textos sobre Wagnerianismo”.

“El debate sobre la ópera italiana y Wagner”.

“20 años de Wagneriana Acta: Comentarios sobre textos wagnerianos”.

Con Mota realizamos varias manifestaciones frente al Liceo, cuando éste empezó a deformar sistemáticamente las obras de Wagner, y luego las de todos los autores de óperas. Incluso los dirigentes del Liceo llamaron a la policía municipal pese a ser manifestaciones absolutamente pacíficas.

Mota me enseñó a ser claramente radical en no aceptar en nada las deformaciones actuales, romper con la dirección actual de Bayreuth, pese a toda la propaganda oficial.

Puedo decir claramente que soy wagneriano en un sentido profundo gracias a Jordi Mota.

Sin duda el wagnerianismo le debe la más fuerte actuación a favor de Wagner, no sólo en España, y así mismo su comprensión como la gran posibilidad de redención por el arte.

MIS PRIMEROS RECUERDOS DE

JORDI MOTA.

Por Eva Muns

Cuando todavía no se cumple un mes desde el triste y fatal fallecimiento de Jordi, me he decidido a escribir estas líneas en su recuerdo, para “su” revista wagneriana, uno más de sus proyectos, hecho realidad. En verdad, este texto es una traducción de mis

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

pensamientos al castellano, ya que mi relación con él, -de cerca de 50 años-, siempre fue en catalán.

Aunque nunca me lo dijo de palabra, creo no equivocarme al afirmar que me consideraba especial y que sentía gran cariño hacia mí, como lo demostró junto con María, al ser la única invitada a su boda, aparte de su familia, celebrada en estricta intimidad en el Monasterio de San Juan de la Peña. En aquella ocasión, los fragmentos de Parsifal nos acompañaron, dando a la ceremonia el significado y majestuosidad que merecía.

A Jordi le gustaba compartir sus aficiones con sus amigos. Este fue su mayor empeño a lo largo de su vida. Disfrutaba cuando advertía que sus amigos seguían sus recomendaciones.

Mis primeros recuerdos wagnerianos con Jordi, se remontan a 1966, cuando acudíamos a unas audiciones en un domicilio particular de Barcelona, donde Jordi, los domingos por la mañana, en su afán de iniciarnos en la obra del maestro, nos invitaba a unos pocos amigos. El anfitrión era un señor mayor alemán, que tenía un equipo estereofónico increíble en aquella época y que gustosamente compartía con nosotros. Antes de iniciar la sesión, Jordi resumía el acto y remarcaba los fragmentos musicales más significativos a la vez que indicaba los leit-motif que iban a sonar a continuación y repar-tía la traducción del texto para que pudiéramos entender la obra.

Fuimos compañeros en clases de solfeo y flauta dulce, en las que era un alumno destacado. Le encantaba leernos versos de Calderón de la Barca y Gracián, sus escritores preferidos. Me recomendó lecturas de Goethe, Balzac, Bjornson, y del maestro del humor inglés Jerome K. Jerome. Al conocer la existencia del video, insistió en lo maravilloso que era el invento, y no paró hasta que lo compramos y pudimos visionar juntos grabaciones extraordinarias de los dramas wagnerianos.

Jordi nunca se cansó de insistir en la idea que Wagner no era sólo un músico y un poeta extraordinario, sino que también era un personaje único que sentía veneración por la Naturaleza y el Arte. Y en la valoración de estas dos facetas, siempre coincidimos.

Siguiendo este legado wagneriano, con otros amigos, fuimos al Valle de Arán, donde gozábamos con la contemplación de aquellos paisajes y de las bellezas arquitectónicas que contenían. En su compañía visitamos el monasterio de Sant Benet de

Bages, Sant Pere de Rodes, el castillo de Orpí, el monasterio de Ripoll, Sant Joan de les Abadeses, Montserrat, etc. Estas excursiones servían para pasar unas horas relajados, disfrutando de la Naturaleza, del arte y de la historia.

Jordi me aleccionó -y convenció- en la práctica del vegetarianismo por razones éticas, cuando era una opción apenas conocida. El amor a los animales en general, y a mis perros “Topos” y “Max”, también forman parte de nuestras coincidencias y de mi recuerdo. Estuvo siempre preocupado por defender causas justas, y en su lucha por conseguir sus objetivos, organizó y tomó parte en numerosos actos. Juntos participamos en una manifestación en contra de las corridas de toros. Sus escritos y explicaciones acerca de la teoría de la compasión y en contra de la vivisección desarrolladas por Wagner, formaban también parte de sus convicciones.

Cantidad de veces hicimos cola en la calle Sant Pau para entrar a la carrera en el Liceo y subir hasta el cuarto o quinto piso, donde desde aquella atalaya, podíamos escuchar y casi no ver, las magníficas representaciones wagnerianas que se programaban, y así poco a poco, fui descubriendo los argumentos y las melodías de aquellas obras magistrales. También en el Liceu estuve a su lado y me pidió permiso antes de lanzar el grito de “Volem decorats!” y también le acompañé años después, en el mismo teatro, junto con otros compañeros distribuidos en distintos lugares del coliseo, haciendo sonar mi flauta travesera y Jordi su trompa, en un entreacto, en reivindicación de decorados dignos. La campaña para la reconstrucción del Liceo, después de su incendio, fue el primer acto que se realizó en Barcelona a los pocos días de la desgracia, hecho en el que se implicó activamente, organizando un concierto.

Juntos también participamos en una manifestación en defensa del Museu Clarà, en otra a favor del mantenimiento y conservación del Turó Park, y en otra en defensa de la Banda municipal de Barcelona, con cuyo slogan “Salvem la Banda” pusimos de manifiesto la importancia de esa institución histórica de la ciudad, que el ayuntamiento pretendía eliminar.

Jordi nos ha dejado físicamente. María, su queridísima esposa y compañera fiel, no acaba de asimilar la soledad de su nueva situación. Consciente del profundo espíritu religioso que los unía, y para infundirle ánimo le digo a María que Jordi debe estar junto a Richard y sus otros camaradas wagnerianos, departiendo amistosamente sobre la filosofía y las melodías del maestro. Debe decirle que en la tierra, ha dejado las cosas

bien arregladas para que María, junto con sus amigos wagnerianos, continúe con su labor de divulgación. Y que, superada esta fase, debe ponerse otra vez al mando de nuestra Asociación.

Este es mi deseo y el de todos los wagnerianos que admiraban y respetaban el trabajo, la dedicación y entusiasmo que Jordi Mota aportó a la divulgación de la obra del maestro de Bayreuth a lo largo de su vida. Y que María debe asumir para hacer realidad los deseos de su esposo y unirse espiritualmente con él, trabajando por el mismo ideal que con él compartió.

JORDI MOTA, UN WAGNERIANO IDEAL

Por Juan Carlos Juárez. Enero de 2017. En Montserrat, nuestra Catalana Terra, esperando que algún día sea digno de reunirme con tantos buenos amigos que nos han precedido.

«El honor de Tristán es la más elevada fidelidad».

Richard Wagner. "Tristán e Isolda", I Acto.

Los amigos de la Wagneriana me han pedido que glose en un pequeño artículo mis impresiones sobre la vida de Jordi en su ámbito wagneriano. "Una página o página y media" me dicen. ¡Una página para condensar 50 años de vida y esfuerzo por la causa wagneriana! Difícil empresa. Serían necesarios muchas páginas y días de trabajo para poder hacer algo así. Pero vamos a intentarlo.

Ante la dificultad de encontrar una sola palabra que pueda definir el carácter de Jordi, encuentro más acertado utilizar dos: HONOR y FIDELIDAD. El sentido del honor, en su definición más sencilla nos indica la cualidad del espíritu humano para hacer en cada momento lo que consideramos más justo, más elevado moralmente. Esta expresión tan española fue utilizada ampliamente en la literatura del Siglo de Oro, adquiriendo en las obras de Don Pedro Calderón de la Barca, -admirado autor de Jordi- su más alta significación. Decir que Jordi hizo de su vida una vida honrada es expresar la realidad

Wagner escribió en una ocasión: «Reconocemos el principio de la decadencia de la humanidad histórica y la necesidad de una regeneración; creemos en la posibilidad de esta regeneración y nos dedicamos a su promoción con todas nuestras fuerzas».

Cuando Jordi desde su juventud fue cautivado por el maravilloso mundo de las ideas wagnerianas, hizo propias estas palabras del maestro y decidió consagrarse a su causa. Su sentido del honor le hace que sean cualesquiera las circunstancias en las que se encuentre, no pierda de vista hacer lo más adecuado para esta regeneración moral, aún cuando personalmente pueda resultar perjudicado. Así, al igual que nuestro admirado Wagner, el Arte con mayúsculas fue considerado como la forma ideal de re-educar a nuestra sociedad, mediante unos ejemplos claros que conmuevan espiritualmente y motiven a todos los que acceden a él.

Y es aquí donde Jordi da cumplimiento a la Fidelidad de sus planteamientos. Fidelidad a la estética wagneriana, alabando a los que la sirven y atacando a los que hacen de la degeneración del arte su única meta. Fidelidad a la espiritualidad y moralidad de nuestra cultura, con una historia dos veces milenaria y de cuyos más grandes hombres quería considerarse un digno heredero. En una ocasión un destacado político, clasificado erróneamente por sus contemporáneos como pangermanista, pero gran admirador de la cultura europea dijo a su interlocutor: “yo no soy únicamente un ciudadano alemán, ¡en el fondo soy un griego!”. Así Jordi pudo decir: “yo no soy únicamente un admirador de tiempos pasados, ¡yo soy un romántico!” Y lo fue. Asumiendo la sensibilidad de muchos artistas de siglos pasados que hicieron suyos los principios de espiritualidad cristiana, redescubrimiento de nuestra cultura histórica e interés por mostrar que un mundo más bello es posible.

Ese fue nuestro Jordi Mota. Durante toda su vida. Sin tregua ni descanso. Cuando estaba postrado en su cama hospitalaria, en algunos momentos que nosotros atribuíamos a su dolor y desesperanza gritaba ¡Libertad! Pero era el Jordi que no se rendía nunca y que luchó toda su vida por sus ideas. Aún con detenciones policiales injustas, o con altercados con autoridades incluídas. Me cupo el placer de ser expulsado junto a él del Gran Teatro del Liceo cuando protestábamos por una puesta en escena irrespetuosa, o de ser reprendidos por la autoridad cuando la dirección artística del Teatro consideraba más “elegante” avisar a la Policía para que no nos permitiera a los dos repartir propaganda que ensalzaba la obra de Wagner.

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

Su dedicación, su bondad y la paciencia con la que trataba de ayudar a todo el mundo que lo necesitaba ha sido para nosotros un gran ejemplo. Cuentan que santo Tomás Moro, patrón de los políticos, cuando estaba en lo alto del cadalso, antes de que le cortaran la cabeza a causa de su postura de fidelidad a sus ideas, perdonó a su verdugo con las palabras “Os perdono de todo corazón. Me enviáis con Dios”. El sacerdote de la recién creada iglesia anglicana que estaba presente le recriminó su seguridad en esta afirmación, y Tomás Moro replicó: “Dios no puede rechazar a quien tantas ganas tiene de reunirse con él”. Basándome en esta afirmación del mártir franciscano seglar inglés, cuya vida Jorge tanto admiraba, tengo la certeza de que nuestro amigo estará ya gozando de la “Patria Celestial” que Joan Maragall glosaba en su poema.

A nosotros nos queda el consuelo y el privilegio de haberte conocido.

¡Gracias Jordi por enseñarnos esa visión del mundo que ha cambiado nuestras vidas! ¡Descansa en paz amigo!

RECUERDO SOBRE JORDI MOTA

Por Fernando Guzmán

Resumir en unas líneas toda una vida es un titánico reto ante el que se fracasa antes de empezar, por más que uno esté pletórico de buenas intenciones. Por eso esbozaré, muy brevemente, algunos recuerdos e impresiones que atesoro, como mi más preciado patrimonio, y que tienen a Jorge como protagonista.

Hace mucho tiempo, alguien se acordó que me gustaba Wagner y me regaló el número 4 de la revista “Wagneriana”. Después de leerla tuve el irrefrenable impulso de escribir a la dirección que figuraba en la misma; algún tiempo después recibí la primera carta de Jorge. Desde entonces he mantenido un contacto casi permanente con los Mota, primero por carta, después por carta y teléfono. A pesar que sólo en cinco ocasiones hemos coincidido, el grado de empatía creció en cada carta, en cada conversación –en las que “el tiempo devenía espacio”-... Recuerdo que, en una ocasión, le comenté a Jorge el título del libro que estaba leyendo, sorprendido me pregunto la página por la que iba; él estaba leyendo el mismo libro.

En mi segundo viaje a Barcelona hablamos de Pfitzner –músico al que recientemente había descubierto-, por primera vez le oí hablar de “Palestrina”. En nuestras últimas conversaciones y cartas, Pfitzner fue uno de nuestros temas recurrentes, (yo estaba “investigando” para un artículo sobre el centenario del estreno de esta “Leyenda musical”).

Uno de los últimos libros que me recomendó, “Menosprecio de corte y alabanza de aldea” de Antonio de Guevara, me ha marcado profundamente. Jorge, como diría Ortega y Gasset, “es todo un entendimiento”. Recuerdo que durante nuestro viaje a Toulouse, para asistir a la representación de “Los Maestros Cantores de Nuremberg”, le comenté que es para todos nosotros -como en las antiguas legiones romanas- nuestro signífero, nuestra referencia obligada.

Durante una buena parte de nuestra relación epistolar encabezaba mis cartas con: “apreciado maestro y amigo”, pues así lo considero. Jorge es -me niego a utilizar el tiempo en pasado- quien me enseñó a amar más profundamente y mejor a Wagner, nuestra poesía clásica, nuestros místicos, la pintura romántica, la naturaleza, la escultura, las tradiciones populares, Catalunya, la Belleza en general... Y a estar agradecido a aquellos que, antes de nosotros, consagraron su vida al Arte en el sentido más amplio de la palabra. El me enseñó, parafraseando a Stendhal, que ser wagneriano es un estado del alma y que, por encima de lo puramente musical, ser wagneriano es también una aptitud ante la vida.

Haberlo conocido ha sido, sin duda alguna, uno de los más generosos regalos que la vida me ha obsequiado.

Ahora debemos ser nosotros los que agradeciéndole su entrega y dedicación prosigamos su legado. Por encima de nuestro dolor y esta amarga orfandad, debemos arder -como el viejo tronco- con una llama constante. Ahora debemos, como Walther en “Los Maestros Cantores”, entonar un contundente “Fanget an!”. Comencemos, prosigamos con nuestro trabajo entusiasta a engrandecer el legado de su obra. Hagamos realidad su sueño, nuestro sueño trabajando codo a codo, todos juntos, bajo la égida de su recuerdo imperecedero porque, al mismo tiempo, rendiremos el más humilde pero sincero y hermoso tributo a la memoria de nuestro amigo y maestro.

JORDI MOTA, EJEMPLAR EN LO WAGNERIANO Y EXCEPCIONAL EN LO HUMANO

Por Santiago Bernal

Si cuando alguien fallece es apropiado hablar bien de él, en el caso de Jordi Mota no sólo es fácil sino inevitable. De hecho, si me pagaran por hacerlo mal y me prestara a ello, me vería ante una tarea irrealizable. A lo sumo podría hacer mención a sus excesos. Excesos de generosidad, de modestia, de bondad, virtudes que llevadas al extremo tal vez resulten contraproducentes. También sacar a colación sus debilidades, y es que no podía resistirse a la hora de compartir con los demás cuanto de hermoso hay en las artes, y abrir su fonoteca, su biblioteca e incluso su casa a toda alma que persiguiera idéntico ideal.

Relacionadas ya sus flaquezas, pareciera llegado el momento de referir sus méritos, tarea fácil como señalé pero sólo en parte. De hecho se hace muy difícil escribir algo que haga verdadera justicia a Jordi Mota. Cuanto se exponga aquí parecerá fruto de la cortesía, y sin embargo, por más cualidades que se enumeren, se será parco y avaro en comparación con la realidad.

Un wagneriano ejemplar

Lo que en el plano humano hacía grande a Mota tenía su lógico equivalente en el wagneriano. Quien suscribe estas líneas no pasa de ser un modesto aficionado, a quien él introdujera con paciencia, tacto y entusiasmo. No soy por consiguiente el más apropiado a la hora de relacionar en forma erudita todo cuanto él aportara al universo del genio de Leipzig. Otras plumas más cualificadas dejarán aquí constancia de su impacto. Sí quiero empero rendirle homenaje en función a mi personal testimonio, fruto de una amistad que se cuenta por decenios.

Lo primero que he de manifestar a la hora de calibrar su wagnerismo es que éste respondía al que emanaba del propio Wagner. Lo anterior pareciera una perogrullada pero dista de serlo. Según su percepción, wagneriano no es aquél que conoce la obra del Maestro y disfruta de ella. Wagneriano es aquél que además de lo anterior, vive y se

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

conduce en forma acorde al ideal de Wagner, y por consiguiente se alecciona con su vida, se deleita con su música y se eleva con su ideario.

Tal sentir lejos de ser norma es excepción, pues en Richard Wagner se da la insólita circunstancia de que la mayoría de sus actuales seguidores aman sus creaciones pero menosprecian al creador. Sus enemigos, si bien no han logrado desacreditar su música, sí han triunfado a la hora de desacreditar al compositor. Wagner ha sido y es objeto de constantes ataques: en vida de él, en razón a supuestos criterios artísticos, y tras él y en forma creciente, en función a supuestos criterios políticos. Tanto es así que el propio Bayreuth, más allá del mero goce musical, es hoy baluarte de todos los clichés del antiwagnerismo.

Frente a esa tendencia destructiva, Mota sentía el interés vital de rescatar y resaltar la ópera wagneriana, pero ese interés no era en absoluto menor a la hora de rescatar y resaltar la verdadera personalidad de Richard Wagner, así como las ideas éticas y estéticas plasmadas en su vida y en su obra literaria.

Dentro y fuera de la Associació Wagneriana, en innumerables escritos y conferencias, fueron constantes sus alusiones a los valores de la renuncia, la compasión, el amor por los animales, el vegetarianismo..., presentes tanto en la obra y la vida de Wagner como en las del propio Mota. No satisfecho con ello, destinó buena parte de su esfuerzo a desenmascarar y desmentir todos los tópicos adheridos al genial compositor: vividor, estafador, estafalario, mujeriego... En especial, jamás se cansó de dar a conocer cuantos episodios pudo hallar que dieran fe de su carácter bondadoso y valía humana.

Sigfrido frente al dragón

Firme valedor del principio de que el ataque es la mejor defensa, no se limitó a proteger el patrimonio wagneriano, sino que hizo frente a sus enemigos en su propio feudo. Legendarias fueron sus acciones a las puertas del Liceo y dentro de él para denunciar la adulteración escenográfica -y por ende artística- de la ópera wagneriana. Su activismo en contra de las escenografías irrespetuosas constituye un ejemplo de lucha que muy pocos tendrían el valor de imitar. Tal vez por ello no han faltado quienes de

forma mendaz le han criticado, o en el mejor de los casos, malinterpretado, adjudicándole una radicalidad que omiten ver en el bando contrario.

Como persona extraordinariamente dinámica, Mota no era precisamente amigo de la cerrazón y la fosilización. La obra wagneriana es imperecedera, de ahí que deba mantenerse siempre viva y fresca. Todo cuanto supusiera una innovación para mejor captar y comprender la esencia de la ópera, contaba con su beneplácito. Por el contrario, todo cuanto supusiera un empobrecimiento enmascarado bajo la excusa de una mejor captación y comprensión, contaba con su firme oposición.

Para el desarrollo de la escenografía, como en cualquier otro arte, es necesaria la experimentación. Ésta empero es un medio y no un fin en sí misma, máxime cuando lo que se persigue no es perfeccionar la obra original, sino denigrarla, ridiculizarla, travestirla e invertirla.

Si un director artístico, conocedor y admirador de la obra de Wagner, considera que trasplantando el periodo histórico que ambienta a una de sus óperas puede aportar una visión complementaria, curiosa, que despierte la imaginación y la percepción del espectador, ello no tiene por qué ser motivo de rasgado de vestiduras. Tan original empeño sin embargo ha de ser meditado, tener sentido, ser respetuoso con el espíritu de la obra y guiado por un afán constructivo. Pocas óperas empero podrán prestarse a semejante reinterpretación, y pocos directores escénicos serán capaces de materializarla en un esfuerzo digno del resultado.

Tales “audaces apuestas” hace ya mucho que abandonaron lo experimental para adentrarse en lo habitual, y ni siquiera al más ingenuo se le escapa que su sentido no es el de incrementar el goce del público, sino hacer mofa del autor. Lo que en su día pudo haber sido aperturista y vanguardista, hoy es retrógrado y cansino. A nadie ya - incluido el propio Mota- escandaliza un Parsifal vestido de esmoquin y ambientado en Wall Street, pues lo único que genera es ridículo, vergüenza ajena, y pesar.

Si férreo fue Mota en su combate contra las imposiciones artísticas de carácter degenerativo, ricamente sufragadas con dinero público, otro tanto cabe decir de su feroz independencia a toda concesión externa que pudiera poner en peligro la altura de sus objetivos. Tanto él como la Associació Wagneriana rehuyeron siempre de instituciones politizadas, que a cambio de subvenciones exigen sometimiento a sus dictados artísticos. Tanto él como la Associació Wagneriana fueron casi siempre ninguneados por

los “wagnerianos oficiales”, sus organizaciones falsamente elitistas y sus valedores periodísticos, políticos y gubernativos. Por el contrario, Mota y la Associació Wagneriana siempre disfrutaron de la libertad de decir cuanto pensaban, criticar cuanto quisieran, y muy en especial, elogiar cuanto desearan.

Un ser humano excepcional

A su coraje cívico ha de agradecerse que aún hoy pueda hablarse en nuestro país de un wagnerismo moral, comprometido con lo bello, que no tiene por objeto transmitir entre unos pocos melómanos una determinada audición digna de coleccionistas, sino que al igual que la primitiva Associació Wagneriana de Catalunya, tuviera como principal empeño divulgar la obra del compositor entre las amplias masas trabajadoras, para alejarlas de sus penurias y elevarlas en sus aspiraciones.

Mota hizo suyo idéntico fin proselitista, y nada le complacía más que poner a Wagner al alcance de quienes, por su condición o entorno, difícilmente hubiesen tenido ocasión de conocerle y/o sentirse inclinados por su música.

Mas si servicial y afable era para cualquiera atraído o potencialmente interesado en Wagner, en el caso de los militantes wagnerianos su entrega era máxima. ¡Cuántas veces no me narró sus visitas a domicilios y residencias para llevar una alegría a los miembros ya ancianos o incapacitados de la Associació! Cargado del reproductor de video o Dvd y cuanto aparato hiciera falta, sus proyecciones y audiciones suponían un fabuloso regalo de cariño para quienes, en razón a la enfermedad o la edad, apenas disponían de la oportunidad para semejante disfrute.

Tales acciones las consideraba más importantes que editar un determinado disco, pues respondían en forma palpable a la esencia misma del wagnerismo.

Las páginas de la revista son ricas en artículos suyos recordando a uno u otro suscriptor pasado a mejor vida. Por lo general personas sencillas que habían tenido la fortuna de quedar prendadas de Wagner en su juventud, y cuya pasión se mantuvo inextinguible con el paso de los decenios. Al recordarlas, Mota sacaba a relucir su mejor

cara, sus virtudes, sus anécdotas más sensibles, sugestionando al lector y participándole de las muchas cualidades dejadas tras de sí por el difunto.

Por desgracia carezco de su talento, y no puedo aquí sino esbozar torpemente lo que Jordi Mota ha supuesto para el wagnerismo en particular, y para muchos en general.

Extremadamente generoso con los demás y extraordinariamente duro consigo mismo, constituye un ejemplo para cuantos han tenido la dicha de conocerlo, y por fortuna lo seguirá siendo en el futuro por medio de sus obras y escritos. Culto, sensible, caballeroso, amante de la montaña, protector de los animales, defensor de los débiles, buscador incansable de la belleza y su expresión en las artes, católico militante, políticamente comprometido...

Sus ideas, originales siempre, geniales a menudo, impactaban a todos. Su trato atento y cordial era expresión misma de su ser. Tenía la especial peculiaridad de extraer lo mejor de cada persona. Pese a que todos éramos demasiado pequeños frente a aquel Titán, siempre sabía mostrarse cercano y tener no sólo una palabra amable sino una conversación fluida con cualquiera, ya fuese obrero o ministro. Constante, voluntarioso y perseverante, reivindicó, renovó e impulsó de manera impar el ideario wagneriano.

Pocas personas han influenciado tanto y tan bien en los demás, han dejado tras de sí un recuerdo unánime de cariño y admiración, y un legado ingente en forma de libros y artículos. Su semilla vive y vivirá por siempre, y ojalá que desde el glorioso Walhalla en el que sin duda se halla, su espíritu nos acompañe con la bondad que le caracterizó, y que nuevas representaciones wagnerianas, retos virtuosos y aventuras heroicas acompañen su devenir.